



Todo pasa cuando no pasa nada

Como por arte de magia, Mary Levin logra convertir lo que parecen episodios triviales de vidas comunes en representaciones muy significativas de la condición humana

POR JOSÉ MARÍA GUELBUZU

La obra de Mary Levin, mujer pionera en el mundo literario irlandés, no se conoce en nuestro país, por lo que hay que estar muy agradecido a la editorial Errata Naturae por ofrecernos la oportunidad de leer a esta extraordinaria escritora, nacida en Estados Unidos y trasladada a Irlanda con su madre a los ocho años. Su educación católica irlandesa y tradicional se compaginó perfectamente con una mirada asombrosa a la realidad y una soberana lucidez sobre el trasfondo de las vidas pequeñas, el alma que late bajo las apariencias de la vida rural o urbana de la verde Erin en el siglo XX.

Basta cualquiera de sus cautivos relatos para quedar seducidos por un estilo que me gustaría denominar "de insustancialidad trascendente". Me explicaré: el campo creativo de Levin es la sencillez; no se puede escribir mejor sobre lo insignificante y alcanzar el corazón oculto de las emociones y los sentimientos, y sacudir con ello la conciencia y la sensibilidad de un lector. Los que parecen ser episodios insustanciales de las vidas comunes se muestran como por arte de magia (y el poder de su escritura es verdaderamente mágico) con una frescura inhabitual en representaciones altamente significativas de la condición humana.

Baste como ejemplo el relato que da título al libro. La simple espera en un café de una viuda de mediana edad hasta la llegada de una amiga viuda reciente, la conversación plagada de sensaciones, el casual cambio de palabras de ambas con un desconocido y un impulso repentino que lleva a la primera a recuperar la conciencia de sus derechos hacen del relato 'En el café' una prueba indiscutible de esa capacidad de la autora de convertir la insustancialidad en trascendencia.



Y conviene señalar que todos los relatos soportan la prueba de máxima exigencia con toda brillantez.

Pero no quiero dejar de señalar dos o tres piezas absolutamente soberbias. La primera se titula 'Una historia con estructura'; en él habla de sí misma como autora por medio de un lector que le reprocha su modo de escribir, modo que considera "espléndido" y aprecia, pero le pide que cargue sus historias con lo que él echa de menos en un auténtico relato: el desarrollo de una anécdota dramáticamente fuerte con golpe de efecto final. Para ello le ofrece un ejemplo, una anécdota o argumento al uso, redonda pero vulgar y clásica; entonces sucede, con el plan del lector, que la anécdota pasa a primer plano y anula todo lo demás, es decir, los matices aparentemente me-

residentes y turistas, en una terraza de un bar en Dublín. ROBERT ALEXANDER (GETTY)

nores o secundarios de los que ella se vale para hallar la verdadera profundidad, los que hacen que pueda prescindir de la anécdota. Es la lúcida y emocionante defensa de lo más alto para un escritor: la posesión de un estilo propio.

'El hijo de la viuda' emerge como otro ejemplo de autoconciencia de autor con un maravilloso doble final y una intervención memorable del autor de mitad del cuento para acabar fabulando sobre el verdadero fin de nuestros actos. La audacia y modernidad de estos dos relatos es muy destacable.

Mary Levin nos habla del alma irlandesa, sí, pero de tal modo que reconocemos en ella los grandes temas comunes a todos los seres humanos traspasados por historias de personas inmersas en la soledad, las costumbres, los recuerdos, las esperanzas vencidas, los lazos familiares, la erosión del trabajo físico, la nostalgia y el peso del tiempo sobre todo ello, incluida la nostalgia. En 'El testamento', por ejemplo, narra la tozuda resistencia de una mujer con hijos que vive en precario en la ciudad cuando, a la muerte de una madre que siempre la hizo de menos, los hermanos, compadecidos, le ofrecen repartir una herencia de la que ha sido excluida; entonces cuenta su dinero y con el par de libras que le quedan para pasar el mes, y de regreso en el tren nocturno a la ciudad, decide detenerse en un convento abierto día y noche para encargar unas misas por el alma de su madre para que ésta no sufra los tormentos del purgatorio.

Reunir felizmente emoción e inteligencia es lo más alto de toda escritura.

En un café

Mary Levin
Traducción de Regina López Muñoz
Errata Naturae, 2018
424 páginas. 22 euros

NARRATIVA

Álbum de familia

POR JAVIER GOÑI

● Ese inicio de *Ana Karenina*, esa primera frase de Tolstói: "Todas las familias felices se parecen; cada familia infeliz es infeliz a su modo". Es posible que las familias felices tengan un parecido álbum de familia; y las infelices lo tengan a su modo, su propio álbum familiar. La familia del escritor canario Anelio Rodríguez Concepción podría pertenecer a las infelices —la infelicidad la causa el entorno, la dureza de la vida, la Guerra Civil, muy presente— y por eso su álbum familiar por fuerza debe ser distinto. Es muy acertada esa frase que le sirve de título, "historia ilustrada del mundo", pues eso es, en realidad, este hermoso álbum de donde aparecen viejas fotos amarillentas a las que el autor les pone voz por escrito, les da vida revolviendo la memoria. La grandeza del libro estriba en que ese revolver en el pasado de una familia de la isla de La Palma, una cualquiera, acaba convirtiéndose, por su pericia, en memoria universal. Y todo contado con los ojos de un niño que pasa las yemas de los dedos por esas fotografías. En una de ellas aparece una tía abuela borrada por la enfermedad de Alzheimer y con la que ese niño se esfuerza en trazar un mosaico familiar. Tal vez el autor ha escrito este hermoso libro para llenar todo el mosaico de teselas con rostros, con vidas, con momentos. Un mosaico, un álbum, lleno de costurones, de destrozos —la suya fue una familia de perdedores de la guerra—, pero también llena de afectos, de vivencias, de historias. Un libro arriesgado pero conseguido.

Historia ilustrada del mundo

Anelio Rodríguez Concepción
Pre-Textos, 2017
170 páginas. 15,60 euros